

## CAPITULO II

## LA BODA DE IVANA HANUM

Por la mañana de aquel señalado día Ivana había visto entrar en su habitación de la torre del Oeste a una anciana señora de aspecto muy amable y trazas obsequiosas, pero que mandaba con autoridad a varias esclavas que la seguían.

Era la *yen-khich-kadina*, es decir, la maestra de ceremonias de la alcoba nupcial. Ivana, mientras no perteneciese al esposo, pertenecería a aquella mujer.

Comprendiendo aquello al momento, dejó hacer. La embadurnaron de cosméticos y la cubrieron de esencias. Le tiñeron de alheña las uñas y las plantas de los pies.

Las fámulas encargadas del arreglo correteaban en torno de Ivana y de la kadina, que daba órdenes. Una aportaba la riba, preparado a base de antimonio, por medio del cual se da a las cejas y a las pestañas ese matiz de un tinte negro azulado que empieza a ser apreciado hasta en Occidente, y que hace los ojos tan expresivos y tan lánguidos. Otra iba cargada con el sari, pomada compuesta de lilhargo y de rejalgar, destinada a suprimir el más ligero vello. Las cremas de sándalo, de

rosa y de jazmín, corrían a cargo de otras que trabajaban de rodillas. Finalmente, trajeron el rojo y el talco, para dar a la piel apariencia de bruñido marfil.

Una vez acabada la fina tarea, rodearon de anillos los tobillos, las piernas y los brazos de la bella prometida. Le ciñeron al cuello un collar de cuatro sartas de perlas y suspendieron de sus orejas arracadas del más puro oriente. Los dedos de los pies y de las manos desaparecieron bajo las sortijas adornadas con diamantes, rubíes, esmeraldas y turquesas.

Le trenzaron su larga y exuberante cabellera, que cubrieron de unguento.

Le hicieron vestir unos calzones de satén rosado, de anchos pliegues y que sólo llegaban hasta la rodilla. Le hicieron poner una túnica azul, igualmente de satén, ajustada al talle, muy descotada, con aplicaciones de plata y perlas. Finísimo chal de Cachemira le ciñó los costados. Las mangas de la túnica estaban cortadas, de manera que dejaban ver la blancura de los brazos, aprisionados en las ajorcas.

Una vez arreglada así, Ivana tuvo que dejarse conducir por la maestra de ceremonias hasta el harén, que comunicaba con la torre del Oeste por una baja puerta.

Un grupo de esclavas que la esperaba en el umbral, se hincó de rodillas para saludarla. Y a continuación, Ivana fué introducida en una gran estancia llamada *el diván*, provista de un mueble circular conocido con el mismo nombre, el cual, asimismo, se aplica a todas las reuniones que allí se celebran.

Al ver a la hermosa joven, unas veinte mujeres negligentemente puestas en cuclillas, bien sobre el diván, bien sobre esterillas de junco, bien sobre magníficos tapices de Persia, se levantaron precipitadamente abando-



nando sus narghiles con larga boquilla de ámbar, y se dirigieron con ardiente curiosidad y exclamaciones de alegría a la recién llegada.

—¡Una *françoni!*—exclamaron.

Para aquellas mujeres, toda mujer no musulmana es francesa... Al menos así acostumbran a llamarla, aunque la mayoría de ellas han recibido una instrucción y una educación que no les permite ignorar la geografía.

—¡*Machalla!* ¡Qué encantadora!—reconocieron todas

Sin embargo, sabían que era una rival o una nueva ama, ante cuya voluntad todo el mundo, desde entonces, cedería en el harén. Pero se guardaban muy mucho de mostrarse despechadas. Además, le estaban reconocidas por haberlas librado de la primera kadina, a la que detestaban.

Le cogían las manos, la besaban, admiraban sus ojos, acariciaban su sedosa cabellera.

Entre aquellas mujeres las había espléndidamente vestidas. La seda, los bordados en oro, la fina muselina de ananas, las perlas finas, los diamantes, incrustados en abundancia, veíanse profusamente en su indumento, aunque no siempre con el mejor gusto. La verdad es que las kadinás del Istrandja-Dagl no podían rivalizar con las del Bósforo, que saben vestirse con tanto arte como delicadeza, bien a la manera antigua, bien a la moda parisienne.

Aquello podía considerarse como el Oriente más lejano, el de los viejos tiempos. Desde el delicioso *tarbouche*, especie de gorro griego puesto coquetamente sobre trenzas de cabello mezcladas con piecicillas de oro, que dejaban oír, al menor movimiento de la cabeza, un ruido metálico, hasta las caprichosas babuchas, pasando por los collares de coral que se entrelazaban sobre el busto, todo era castizamente turco.

Las que iban más brillantemente adornadas eran las *cettis*, las cuales tenían jerarquía de damas. Las otras eran odaliscas encargadas de funciones más o menos subalternas.

Había, como entre los hombres de la casa militar de un bey, la *cetti portachibuck*, la *cetti portacafé* y, en categoría más elevada, la *effendicetti*, o sea la sabia, la que se ocupa de las escrituras. Cada una de esas funciones llevaba consigo honores, consideraciones y cierta autoridad.

Todas aquellas mujeres rodeaban, pues, a Ivana, examinando sus ropas y sus alhajas, prodigándole cumplimientos y acribillándola a preguntas.

Ivana sonreía vagamente y no contestaba; pero ellas parecían no darse cuenta.

Por fin, la *yen-khich-kadina* se levantó y llevó a Ivana y a sus esclavas a un tocador donde estaban preparadas la ropa y las alhajas de la novia.

Ivana no demostró ningún asombro ni enojo alguno al verse de nuevo en manos de las mujeres. Por si acaso hubiese creído que habían terminado las molestias del arreglo, la maestra de ceremonias le dió a entender que el vestido puesto para entrar en el harén no podía aprovechar para el acto solemne. La muchacha, a pesar de que con tanto movimiento a su alrededor había para indignarse, no protestó; sin duda estaba decidida a dejar, con calma y cierto fatalismo, que transcurrieran los acontecimientos de aquel día.

La desnudaron, por consiguiente, y le pusieron un largo vestido bordado en oro y adornado de una gran cenefa alrededor de la falda. La maestra de ceremonias aseguró que aquel vestido, delicada atención de Karaselim, había salido de una de las mejores casas parisien-



ses de Constantinopla. Tenía dos largas colas, que fueron llevadas por dos esclavas circasianas de notabilísimas gracia y belleza.

El gorro de zequíes fué substituído por una pesada diadema de diamantes. Y a las joyas ostentadas ya por Ivana fueron añadidas las que habían sido cuidadosamente encerradas en el cuarto del ajuar.

Así dispuesta Ivana, cuyo rostro había sido envuelto, no por el *yasmak* ordinario, sino por un velo rosado que ocultaba completamente sus rasgos, fué conducida nuevamente a la sala del diván, donde ahora la esperaba Kara-Selim.

Este llevaba el traje negro que ya hemos descrito y que le daba una prestancia de caballero medieval, muy elegante, pero fúnebre.

Lo único excepcional que se había puesto en tan señalado día era un collar de gran valor que colgaba sobre su pecho. Dejó que se le acercara Ivana y sonreíale amablemente con su bella boca, siempre, y a pesar de todo, algo feroz.

Su mirada ante aquel cuerpo tan bonito y tan suntuosamente vestido, que pronto le pertenecería, era la de un hombre prendado. No cabía ninguna duda, a juzgar por la manera de dar admirativamente la vuelta a Ivana.

La *yen-khich-kadina* hizo que la joven se arrodillara delante de Kara-Selim, cosa que, según la costumbre, tenía que hacer la novia ante su padre; pero como el padre de Ivana había sido asesinado por Kara-Selim, era éste el encargado de substituirle. Con ello, el acto adquiría la significación de que Kara-Selim no recibía su nueva esposa de nadie y solamente la debía a sí mismo.

El bajá negro, con maneras impregnadas de una grandiente y audaz, la levantó, osó darle su bendición

al modo otomano y le puso en torno al talle un cinturón de diamante, símbolo de la dignidad de mujer casada a la cual iba a ser ascendida.

Es costumbre turca que la mujer no lleve ese cinturón antes del día de su matrimonio. Y el acto de abrocharlo es una especie de investidura que se confiere a la muchacha que pasa a ser mujer. La costumbre en cuestión perdura aún en ciertas partes del Imperio para los jóvenes que parten a la guerra, pues en pretéritos tiempos hacíase la investidura del sable con un gasto en nada inferior a la celebración del matrimonio.

Al mismo tiempo cayó una lluvia de monedas de oro y de plata sobre las cabezas de las espectadoras, que se atropellaron mutuamente por coger algunas. Aquella precipitación no obedecía a la codicia, sino al fetichismo. Ese dinero goza de gran consideración entre las personas supersticiosas de Turquía, donde todas lo son más o menos. Se cree que esas monedas atraen la felicidad. Y se les guardan todo el tiempo que pueden para que no escape la buena suerte.

Una vez terminada la ceremonia de la lluvia de oro, Kara-Selim dió el brazo a Ivana, que, temblando ligeramente, apoyó en él la punta de los dedos. Y Kara-Selim ordenó a la *yen-khich-kadina* para que les precediera hacia la alcoba nupcial.

Ivana, al comprender adónde la conducía ya Gaulow, sintióse tan débil que tuvo que apoyarse más en el brazo que la dirigía. El esposo, creyendo en una tierna presión de la que iba a ser su mujer, se la devolvió con cariño.

Ivana no podía más.

A no ser por el velo rosado que le ocultaba el rostro, Kara-Selim y los concurrentes se habrían pasmado de su palidez.



¿Tendría fuerzas para seguir hasta el fin el terrible y heroico programa que se había trazado? Al principio había aceptado el sacrificio con ese especial, divino contento que debieron conocer los mártires; ni un momento pensó en la posibilidad de vacilar entre su honor, su vida, su amor y la salvación de la patria. Ya que no podía conocer el secreto del cofrecillo bizantino más que entregándose a aquel hombre, verdugo de su familia, le había dicho:

—¡Seré tuya!...

Pero he aquí que al llegar la hora de entregarse le parecía que no iba a tener fuerzas más que para morir...

Desde las primeras horas del día no había sido más que una muñeca en manos de las mujeres. Le daban vueltas y más vueltas, la admiraban... Pero ¡estaba tan lejos de ellas!... Su pensamiento se perdía en un vago sueño que ella no sabía precisar, pero en el cual, sin embargo, esquivaba con obstinación la imagen precisa de un Gaulow que la tomaba en brazos... Y ahora notaba que, según transcurrían los minutos, el frío valor de que había hecho gala hasta aquella mañana, la decidida energía que le había sostenido en el más ardiente peligro, se fundían, dejándola desarmada...

Primero esperó tontamente—¡cuán débil estaba y cuán pueril se había vuelto!—que aquellas horas de arreglo, cambios de ropa y saludos más o menos mecánicos, se prolongarían indefinidamente y que la noche, la terrible noche, tardaría más en venir que las otras noches... ¡Pero he aquí que, de pronto, el entusiasmado Kara-Selim se la llevaba a la alcoba sin esperar la hora nupcial!...

¡Oh! Para Ivana no admitía dudas la significación del apasionado y precipitado gesto de aquel bárbaro sanguinario, que se consideraría muy magnánimo por

haber esperado tanto. ¡La conducía a la alcoba fatal! —¡Rouletabille!— musitó.

Si: en aquel minuto desesperado expiró bajo el rosado velo esa palabra dicha con especial familiaridad... En el espíritu desequilibrado por la acumulación de los acontecimientos, surgió la imagen del joven repórter que acudiera hasta ella a través de todos los peligros. Y quizá entonces lamentó no haberle seguido cuando la visitó bajando del alero como una golondrina.

—¡Rouletabille!...

¿No aparecería para arrancarla a aquel hombre que le sonreía de tan infame manera?

La joven dirigió a su alrededor una mirada de ansiedad; pero a través de las finas mallas de su velo no distinguió más que las caras despreocupadas o alegres de las compañeras que la habían seguido.

¿Sería que no iba a quedarse sola con aquel hombre?

La habitación en que acababa de entrar se llenaba, en efecto, con la algarabía de las invitadas, que no cesaban de aumentar el grupo de las mujeres del *haremlik* de Kara-Selim y con las risas de las muchachuelas llevadas por obesas matronas.

Y el ver tanta gente a su alrededor calmó su insoportable angustia.

Además, no parecía que fuesen a dejarles solos pronto, porque algunas se tendían sobre las alfombras. Entonces examinó aquella habitación, que era, al mismo tiempo, la alcoba de sus nupcias. Había sido decorada de una manera digna de la hija de un gran visir. El diván era de rico terciopelo rojo bordado de oro; sobre él había cojines que a cada parte tenían colgantes de perlas. Las ventanas y las puertas tenían soberbias cortinas de seda, cuya cenefa también era de oro.



En una de las paredes se abría un gran balcón que exteriormente se hallaba provisto de barrotes y por dentro de celosía en madera.

El conjunto, llamado *djumba*, estaba dorado.

El tapiz era uno de esos magníficos y muelles gobelinos cuyos dibujos y colores sobrepasan a todo cuanto en dicho género haya podido hacer el Oriente.

Y, finalmente, en el fondo, estaba el *aski*.

¿Qué es el *aski*? Algo muy curioso, un mueble que pertenece a la novia y que solamente permanece allí durante la ceremonia del casamiento. No se trata ni más ni menos que del trono de la desposada, en el cual se coloca para recibir los homenajes de la multitud. Se da el nombre de *aski* no solamente al asiento mismo, sino, en particular, a una especie de tienda o dosel de tul rosa que se cuelga del techo y baja graciosamente hasta el suelo. El dosel estaba esmaltado con estrellas de oro y rematado por una guirnalda de flores que llegaba hasta abajo en forma de festón. Y en aquel apartado fantástico siéntase la novia para recibir los homenajes y felicitaciones de las damas.

Kara-Selim condujo personalmente a Ivana hasta bajo del dosel y la hizo sentar. No le quitó el velo, pero al cogerle una mano se asombró de encontrarla helada. Preguntóle si le tenía miedo. Ivana, por toda contestación, denegó con la cabeza.

—No olvide, Ivana —añadió Kara-Selim con cierto tono en que ella entrevió amenazas y, lo que le pareció más grave, escarnio—, no olvide que me ha prometido quererme...

—Y ¿usted no me ha prometido nada?—murmuró la joven.

Gaulow, con su peculiar sonrisa, dijo:

—¿Todavía piensa en el cofrecillo bizantino?

—Ya le he dicho, Kara-Selim, cuánto aprecio ese cofrecillo, lleno para mí de los más preciosos recuerdos, medallas y joyas que considero como amuletos, y que me han hecho considerar como tales desde mi más tierna infancia. ¿Cómo puede asombrarle que estime eso y que quiera tenerlo en mis manos un día como hoy?...

—Ya los tendrá, ya los tendrá, Ivana—prometió Kara-Selim con la voz más afable—. Pero comprenda que no voy a hacer que traigan aquí un mueble que en estos momentos estaría fuera de lugar. Fijese en la habitación. Notará qué, de acuerdo con las costumbres, no se ve ni silla, ni sofá, ni arca de ninguna clase, a excepción del *aski*. Así lo quiere la tradición (1). Pero esta noche podrá encontrar todo el mobiliario que necesite y el cofrecillo bizantino que tanto anhela.

Ivana le dió las gracias. Y Kara-Selim se alejó, porque se le acercaba un eunuco haciéndole señas de que había de comunicarle una noticia urgente. Lo que anunció fué la llegada de Kasbeck. Y en seguida dejó a su joven esposa, la cual, al ver que se alejaba, lanzó un profundo suspiro de alivio.

Mientras tanto, la curiosa muchedumbre de mujeres fué rodeándola, por lo cual tuvo que estar expuesta más de dos horas a sus miradas, a sus observaciones y hasta a sus pullas. Se ahogaba. Hubiera querido levantarse y respirar otro aire distinto de aquél, cargado de perfumes. Pero la terrible *kadina* estaba allí para que no hiciese ningún movimiento no permitido por el ceremonial.

Finalmente abrió la puerta del cuarto del ajuar. Y to-

(1) *Treinta años en los harenes de Oriente.*



das las *kadinas*, así como las invitadas de fuera, se lanzaron hacia allí.

Ya puede suponerse que sonaron abundantes gritos de admiración en aquel cuarto. Por lo visto el señor Kara-Selim se había portado bien. Sin embargo, muchas de aquellas damas salieron del *djeiss-odassi* prorrumpiendo en carcajadas y frases descorteses que pronunciaban en voz bastante alta para que las oyese la novia, que continuaba sentada, como un ídolo, bajo el dosel.

Reconocían que en aquel cuarto había grandes riquezas. Pero no les eran desconocidas. Todos aquellos suntuosos objetos habían servido ya para la última *kadina* favorita a la cual substituía Ivana.

Y a propósito de esta *kadina* se contaban al oído, pero en voz bastante alta para que las oyese la novia, que no la volverían a ver, porque se había puesto tan insoportable a consecuencia de su desgracia, que Kara-Selim, para librarse de ella, no había vacilado la noche anterior en mandar que la arrojaran a la terrible mazmorra del patio de los esclavos, al *almiss guidich*, que significa, de una manera literal, «el ir solamente», y que era lo llamado por Priski el «todo lo tomo y no devuelvo nada».

Aquella noticia, sacada a colación seguramente con el propósito de hacer reflexionar a la desposada en la fragilidad de las cosas humanas, no llegó, sin embargo, a hacer reflexionar a Ivana, que en aquel momento no temía la muerte, sino el amor.

Por fin la maestra de ceremonias dió la señal para ir al refectorio. Ivana pudo abandonar el *aski* y mezclarse a las demás, que no cesaron de aturdirle con sus cumplimientos y chismorrerías, al mismo tiempo que se añoraban de salsas y golosinas.

Con ello se había vaciado la alcoba nupcial. Pero al

punto fué invadida por las esclavas cargadas de muebles y dirigidas por la maestra de ceremonias, que hacía substituir el *aski* por un gran lecho de marquetería, disponía con regularidad las butacas y los sofás, así como el tocador y todo lo que podía dar algo de moderna comodidad a aquella habitación tan desnuda poco antes. La *yen-khich-kadina*, luego de echar un vistazo a aquel conjunto de gran riqueza, aunque de muy mal gusto, pero que le satisfizo plenamente, se fué cerrando las puertas. Si, por ventura, hubiese vuelto una hora más tarde, sus oídos seguramente hubiéranse sorprendido por un ruido particular que procedía del fondo, de aquel balcón provisto de reja y celosía doradas, llamadas *djambas*, sobre la cual había corrido una gran cortina de tapicería. Pero no volvió. Y aquel ruido, muy parecido al que produciría una lima mordiendo el hierro, duró casi hasta el momento en que nos encontramos a Rouletabille acudiendo al *selamlík*, pues Kara-Selim, con amable hospitalidad, había mandado que lo buscaran. Y acudía a aquella invitación a toda prisa, acompañado de La Candeur, que, por cierto, parecía desalentado como él.

—Sobre todo, ¡que no recelen nada!—murmuró el reporter gigantesco, que no había perdido la costumbre de temblar a propósito de todo.

—Vladimir ha venido a buscarme muy aprisa—replicó Rouletabille—. Y ya comprenderán que al menos necesitamos tiempo para vestirnos...

—De todas maneras, ¡es una ganga esa fiestecita!... Si toda esa gente no pasara el tiempo bebiendo, comiendo y bailando, hace rato que nos la hubiéramos cargado por nuestra manía de andar por los tejados.

—¡Lagarto! ¡Lagarto!—dijo Rouletabille, supersticioso—. ¡No conviene nunca evocar la catástrofe!



—¡Cáspita!—exclamó La Candeur, deteniendo de pronto a Rouletabille y poniéndose muy pálido.

—¿Qué ocurre?... ¿Qué pasa?... ¡Habla!...

—Como nos hemos venido con tanta precipitación, me he olvidado de retirar la cuerda... Continuará atada a la chimenea y balanceándose en el aire.

—¡Pero hombre!... ¡Siempre has de meter la pata!...—gruñó Rouletabille.

—¿Voy corriendo a decirle a Vladimir que por el camino de las murallas vaya a quitar la cuerda?

—¡Ve!

—¡Voy!...

Y el bueno de La Candeur se disponía a reparar su descuido, cuando cierta mano se puso algo duramente sobre su hombro.

Se volvió.

Era Stefo el Dálmata, acompañado de una especie de capellán que hablaba muy bien el francés.

—¿Qué hacen los señores?—preguntó con sonrisa beatífica—. Sólo faltan ellos en el *selamlík*. Nuestro señor Kara-Selim les ha reclamado ya dos veces...

—Es que—dijo Rouletabille—estábamos muy fatigados de nuestra jornada de ayer, y queríamos descansar un poco, cuando han venido a invitarnos de parte de Kara-Selim.

—Sí, estábamos dormidos aún—añadió La Candeur—. Tanto es así, que me he olvidado del pañuelo de bolsillo y voy a volver a buscarlo, si a usted no le parece mal.

—¡Déjese estar de pañuelos!... Ya se sonará con la servilleta—replicó aquel hombre desfachatado y tiránico, que, ayudado de Stefo el Dálmata, grande y brutal, empujó a ambos jóvenes hacia el salón del banquete.

En cuanto a Kasbeck, que había distinguido dos trajes

Europeos y que inmediatamente se había hecho informar acerca de los viajeros, quiso que los periodistas le fueran presentados en seguida.

Rouletabille se consideró muy dichoso al conocer a tan majestuoso y apuesto eunuco, a quien tendría ocasión de preguntar interesantísimos detalles acerca de la marcha de la ceremonia.

Sí; Rouletabille necesitaba saber ce por ce cómo se casan en Turquía. Y Kasbeck, ciertamente, no escatimó su conversación, que le proporcionaba motivo para lucir orgullosamente sus conocimientos de lengua francesa, y para alabar las costumbres turcas, que para él eran condición precisa de la felicidad humana.

Al mismo tiempo paladeaba refinadamente un vasito de alcohol, el cual no está en absoluto prohibido por el Profeta, quien sólo pensó en el zumo de la vid.

—Lo más admirable del Oriente—dijo Rouletabille—es la filosofía.

—¡Oh, sí!... También ello es un requisito de felicidad. Precisamente por ello no creo que Kara-Selim sea feliz nunca... Continúa siendo un hombre de Occidente que no sabe más que correr aventuras... Se mueve mucho... ¡No está bastante grueso!... Fíjese en la facha que tiene. ¡Horrible! ¡Horrible!

—¿Acaso no estaremos estorbando los invitados?—preguntó el repórter—. Querrá, sin duda, reunirse con su esposa...

—¡Oh! No ha de ser antes de las sombras nocturnas...

—¿No?

—¡No, no! Hasta entonces no tiene derecho a poner los pies en la cámara nupcial. ¡Ahora nos pertenece!

Sin duda Rouletabille no necesitaba saber más, porque hizo una señal a La Candeur y se marcharon con una ra-



pidez que Kasbeck no encontró nada oportuna. Al volver la cabeza, ya no estaba el joven.

Rouletabille y La Candeur salieron del *selamlík* sin grandes dificultades, moviéndose hábilmente entre los grupos tendidos por el suelo y abriéndose camino entre los comediantes y bailarines.

—¡Aprisa, aprisa!—decía Rouletabille—. Así conseguiremos acabar nuestra tarea antes de «las sombras nocturnas». ¡Ese eunuco de Kasbeck es todo un hombre! Me ha tranquilizado un poco, porque aún nos queda tiempo.

—¿Has notado—preguntó La Candeur—qué voz tan extraña tiene ese Kasbeck?

Y haciendo un chiste malo, sólo comprensible en francés, añadió:

—Parece que la tenga quebrada. Quizá por ello le llamen Kasbeck.

Pero pronto tuvieron que cesar en sus risas.

Al salir del claustro que precedía al *selamlík* para entrar en el deslunado, vieron frente a ellos a Stefo el Dálmata y al hombre que hablaba tan bien en francés.

Al mismo tiempo les rodearon unos veinte soldados. Así es que no pudieron avanzar ni retroceder.

—¿Qué significa esto?—preguntó Rouletabille atrozmente lívido, porque comprendía que le harían prisionero precisamente en aquellos momentos en que la salvación de Ivana sólo dependía de la libertad de él.

Intentó valerse de la audacia.

Pero cierta voz le hizo volverse, y tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Aquella voz era la de Priski, la del querido Priski en persona, que le decía:

—Esto significa, señor Rouletabille, que tenía yo razón al asegurarle que andaba equivocado en sus maquinaciones, porque, al fin y al cabo, todo terminaría peor

para usted que para mí. Ahora creo que únicamente el señor sobrino de Rothschild podrá salir en bien... ¡Y ello a condición de que su tío le quiera mucho!

Ni Rouletabille ni La Candeur pudieron contestar, porque los soldados se los llevaron bastante brutalmente.